

Jemaa el-Fnaa, Marrakech

Griselda Zuffi

Argentina

Me vestí en una chilaba y me até un pañuelo a lo beréber, cual *Zelig* cambiando de personalidad en cada ciudad. Creí por un instante o un poco más que era una marroquí tradicional, casada con un hombre musulmán que me protegía de todo peligro mientras caminaba delante de mí a un kilómetro de distancia. Cuando le pregunté por qué no caminaba a la par no me contestó, ya sea porque su castellano era precario o porque no valía la pena avalar mi pregunta. “Caminando juntos a la par” era un sonido lejano de Papos que tarareaba mientras Rachid seguía solo, delante de mí.

Fui a Marrakech para reencontrarme, iniciar un viaje hacia dentro, una invención más para llegar a esa recóndita desconocida, una misma. Viajé miles de kilómetros a fin de entablar ese encuentro íntimo y terminé desviándome apenas aterricé.

La llegada fue confusa, casi como cuando llegué el año pasado a Tánger. Sentí que estaba en zona oeste del gran Buenos Aires con su enjambre de negocios y gente. Tomé el colectivo 19 desde el aeropuerto con la sensación de que me había equivocado otra vez de destino. ¿*Esto es Marrakech?* Era una sensación quizás de porteña desarraigada que nada se comparaba a aquella Santa María de los Buenos Ayres. Frente al muro que cercaba la medina, inicié la búsqueda del Riad Alwachma localizado en la 27 Derb Sehb del barrio Bab Doukala. Con agenda en mano y guía de Lonely Planet comenzó el recorrido de lo que una mujer sola *no* debía hacer en Marruecos. Apenas crucé el muro vi una serie de callejuelas laberínticas sin nombre y sin número. Desorientada entré en un café habitado por hombres a la fresca y pregunté con acento de turista: ¿*Vous connais La Maison Arabe?* Un chico se acercó dispuesto a acompañarme de guía hasta que llegase a destino. Salimos del café y me dejé guiar hasta la puerta del hospedaje, ofreciéndole una propina que aceptó algo reticente porque eran pocos dirhams y quería más, pero no consentí. Entré y con amabilidad me ofrecieron un té de menta. El joven que servía era digno de una imagen de Fellini en la película Roma, cada ángulo era una perfección. Drissi, así dijo que se llamaba, era de Ouarzazate de origen beréber, lo que según él le daba más oportunidad de conseguir trabajo en Marrakech.

Esa tarde me fui a caminar por la medina sin mucho entusiasmo. De hecho, la ciudad me parecía un tanto *slimy*. De todos modos, seguí andando y me senté en una de las terrazas para ver la caída de sol sobre la medina del Jemaa el-Fnaa y la magia del lugar empezó a rodar.

Estaba oscureciendo ya y emprendí el regreso al riad. Entre mi desconfianza y el cansancio no hice más que dar una vuelta más y buscar algo ligero para comer. Encontré un almacén cerquita del hotel y compré una botella de agua y yogurt. Cuando pagué me atendieron con gran simpatía y una invitación para salir más tarde a recorrer la ciudad. No sabía si era mi mirada, mi gesto, mi melancolía innata, pero me sorprendió la rapidez con que me ofrecían salir a tomar algo, conocerme, quererme de corazón, incluso ofertas de casamiento e hijos en menos de tres minutos. Traté de quitarme el cinismo y respondí con una gentil sonrisa y cara de gracias, pero no. Miraba a los hombres quizás con la misma curiosidad con que era mirada, pero también con la desconfianza de saberme extranjera.

Al llegar al riad abre la puerta Drissi quien me invita a pasar a la terraza. Era la única mujer sola hospedándose ahí y nos sentamos juntos a conversar del Corán y de “mi Dios”. Le parecía un horror que veneráramos a un humano, Dios no tiene rostro, me decía con convicción. Se refería a Cristo. La conversación se tornó apasionada y bajo el cielo de estrellas, la tenue luz de las velas se sintió movido a pedirme un beso. Podría ser tu madre, pensé, pero no se lo dije. El beso fue dulce y lo llevó a querer desnudarse pidiéndome que bajáramos al cuarto como si su cuerpo y el mío coincidieran en el mismo deseo y al unísono. No sucedió nada al unísono, lamentablemente íbamos por senderos contrarios tanto en espíritu como en materia y a distintos tiempos. Al día siguiente, fui tratada con mirada esquiva y molesta y a la tarde partí sin despedirme. En la puerta me esperaba en moto Rachid, quien se había prendido desde la mañana con el deseo de que conozca la Marrakech de verdad, *guaranteed*. Caminando por la medina con mi librito de *Lonely Planet*, que habrá leído por error solo *Lonely*, se acercó Rachid dando órdenes de cómo tenía que andar por la calle *a la derecha, a la derecha, hay que dejar lugar a las motos*. Su pronunciación en castellano era forzada pero clara. Seguí sus instrucciones. Un poco después, correr a la derecha se sumó a no vayas por aquí es para turistas, y un poco después se para delante de mí y me dice que debo ir a un hamam tradicional y no donde van los turistas llevados como *donkeys*, conocer los artesanos genuinos, no los mequetrefes de los socos, todo, *believe me, guaranteed, no tourist, no tourist* y aunque sabía perfectamente que era un “enganche” de lo que no había que hacer en Marrakech, lo seguí. Y en ese gesto de turista incauta, se convirtió Rachid en mi guía local hasta que tomé el avión de regreso.

Desde el primer día conocí los lugares donde él me llevaba, con 45 grados centígrados que eran reconfortantes sólo por la sequedad de la tierra. Compré una alfombra a un tal Abdul unos días después, no recuerdo bien, y un par de cosas más. Lo que sí recuerdo es que mi viaje de reencuentro espiritual se convirtió en el viaje *de* Rachid o en el viaje que Rachid quiso que yo tuviera y acepté. Me invitó a una aldea beréber donde nos quedaríamos a la noche en Set Farma para luego ir a unas cascadas en Ouzoud a la mañana siguiente. Acepté. La propuesta era ir en moto y no podía desistir. Fuimos a recoger la valija al Riad y partimos a la hora que bajaba el sol. Se me hizo mágico el momento. En Marrakech, por la medina, en una moto y mirando el atardecer bajo esa subyugante tonalidad rosada mientras nos alejábamos de la ciudad. Paramos en lugares para comer, lo que sería equivalente a un puesto de chori pan donde servían carne asada en kebabs y unos pancitos. Cuando llegamos a la casa en la montaña mi reacción fue de total desconfianza. Vi una mujer desgredada de unos 70 años que era amiga de Rachid pero no me sentí para nada cómoda. Cuando vi el cuarto donde dormiríamos, menos. Le dije que nos volviéramos a la ciudad,

que no me sentía a gusto, pero insistió en que nos quedáramos. Luego, la noche, las estrellas, la conversación con Cristine calmó mi desconfianza. Rachid me recitaba versos del Corán con la música de su celular, eran canciones sobre el amor entre un hombre, una mujer y su Dios. Insistía en que me quería con el corazón, *I guarantee, my heart always for you, my heart is you. I love it, you are my heart. I love big fig.* Me dejó llevar por el canto por curiosidad más que por instinto. No me sentía atraída por Rachid, pero sí tenía necesidad de estar con un hombre. Rachid era un hombre sencillo, sentía que tenía una misión de devolverme la salud, que incluía el sexo, el *boogie boogie*. Cada vez que decía boogie boogie, me reía. *Sin sexo un hombre y una mujer no es bueno, Dios quiere hombre y mujer juntos. Tú para mí, yo para ti. Tú mi corazón, siempre.* No sé de qué Dios hablaba porque en mi libro sagrado el sexo es para la procreación pero debe haber descartado esa parte. No, no es cierto, también habló de darme hijos mientras acariciaba mi vientre como si florecieran semillas bajo las estrellas y las velas con Fátimas, cuya tenue luz iluminaban los ojos castaños de Rachid, dieran en mi un *sí cariño contigo toda la vida*. Bajamos más tarde y compartimos la noche. No sé cómo hacía Rachid para que mi cuerpo quedara en un *clinch* imposible de destrabar bajo el peso de sus piernas y brazos. Pensé que quizás fueron los años de boxeador. Me sentí asfixiada pero a la vez, el aferrarse así con tanta intensidad para que no me fuera de su lado, me dio confianza para seguir mi viaje junto a él.

A la mañana nos miramos con cariño y me confesó que estaba muy bien conmigo. Que Dios, Alá, Ojalá, Dios seas para mí y yo para ti, tu corazón conmigo siempre, Rachid y mi corazón. Pero yo no me creía ni una sola palabra, aunque lo miraba dulcemente y le daba también confianza a él para que insistiera en su corazón. No escuché mi nombre hasta una semana después, cuando me cayó la ficha que me llamaba *corazón, cariño* porque no sabía mi nombre. Pasé a ser “Fátima” porque le era imposible recordar tantas letras, dos más que Fátima, y que luego, a la distancia, se convirtió en un ejercicio gramatical que repetía tres veces a diario en llamadas telefónicas.

Seguí a Rachid quizás por algo tan banal como que tenía una moto. Fuimos por la ciudad y también a Esauira para el festival de música gnaua. Ahí me di cuenta de que Rachid era popular, además de tener mal genio. Lo conocían muchos músicos y él quería tocar, así que pasamos mucho rato con ellos. Fumaban rif y nos ofrecieron té de menta y también fumar con ellos, lo cual aceptamos. Los encuentros variaban de tono, con los músicos definitivamente había mucha conexión, pero en otras instancias solo silencio y té de menta. En un momento me animé a decirle que se quedara con sus amigos que yo me quería quedar sola y disfrutar otras cosas. No fue una buena idea. Debo haber tocado una fibra de amor propio porque me miró con desprecio diciéndome que no iba a ir sola a ninguna parte, *tú conmigo hasta que te dejo en el aeropuerto y tú esta noche me das calor y te quedas conmigo* y no me acuerdo cuántas cosas más. Me di cuenta de que estaba cautiva: aunque se alejara diez kilómetros o más, no tenía cómo salirme de donde yo solita me había metido.

Fue una rara sensación de sumisión y deseo y pensé si mi madre no tendría razón, que *esa época* (de los hippies) *me había afectado la cabeza*. Que creía que “los pobres” eran buenos, que tenía el mismo complejo de mi padre que cuanto más abajo, mejor. Tenía el síndrome de subalterna. Pero lo que más me rondaba era la sumisión, cómo me dejaba llevar por el mandato en un escenario distinto y a la vez familiar. Me justifiqué convencida

de haber seguido lo genuino, lo primitivo, cambiando la selva por el desierto y la mujer de la tierra por un hombre iletrado. Estoy segura de que Rachid no sabía leer ni escribir. Y si bien, insisto ahora en retrospectiva, comprender qué pasó, por qué me dejé llevar de la mano de Rachid, siento que estoy traicionando nuestro vínculo. Él seguramente fue fiel a sí mismo, pero yo, ¿quién era vestida de mujer con chilaba beige y pañuelo marrón haciendo juego? ¿Quién era? Me sentí un personaje de novela, alguien que había perdido el sentido, otra vez, nadie, nada, hasta el punto de olvidar mi propio nombre. ¿Me habré vuelto Fátima por sentir que pertenecía a alguien? Dicen que los viajes despejan la cabeza, pero yo me quedé enredada en un tejido que no termino de descifrar.

Desde que volví a la casa en el monte estoy más pérdida que en los mil recovecos de la medina con ganas de emprender otro viaje, pero esta vez sin Rachid.